

## ARTICULOS

# CRONICA DE UNA VOZ RECOBRADA. LAS CELEBRACIONES DEL QUINTO ANIVERSARIO DEL ASESINATO DE MONS. ROMERO

María López Vigil

### 1. 24 de marzo: Mons. Romero en la calle al frente de su pueblo

#### 1.1. La procesión

Entré llorando en catedral. Desde dentro del templo nos jalaba como imán un pueblo fervorosamente apiñado en todos los rincones del edificio. Desde fuera nos empujaba como un río en crecida un pueblo cristianamente decidido, que se tomó las calles inspirado en la memoria de Mons. Romero.

Aquella movilización por las calles, aquella concentración popular, aquella procesión, marcaba una hora histórica. Porque desde hacía cinco años, cuando un domingo de ramos de 1980 el pueblo salvadoreño acompañó el entierro de Mons. Romero en una gigantesca manifestación de decenas de miles de personas, que fue violada por bombas y disparos de los cuerpos represivos y dejó 40 muertos, el pueblo cristiano, el pueblo pobre y creyente de El Salvador, se había replegado y no se había vuelto a reunir ni había vuelto a expresar su fe y su anhelo de vida así, tan públicamente, tan a gritos, con cantos, en la plaza y en la calle. Unos 30 mil salvadoreños rompieron miedo, silencio y justas prudencias y se juntaron de diversas formas en la mañana del 24 de mar-

zo, convocados por la decisión de afirmar una vez más su derecho a la vida, tal como les enseñó Mons. Romero.

Seis mil desfilaron por las calles en la "procesión por la paz." Desde la Basilica, en donde en 1980 fue velado el cuerpo asesinado del arzobispo, hasta catedral. Esta marcha por las calles céntricas de la capital fue fruto de una larga valoración colectiva que las comunidades cristianas hicieron del momento político y del momento eclesial. Después vino la decisión final de organizar la marcha.

En la procesión, muy ordenada, iban mujeres y hombres, más viejos, más jóvenes, de todas las comunidades de la capital. Muy pocos niños, por razones de seguridad, por si ocurría algo.

Entre los miles de cristianos, el repetido rostro inolvidable de Monseñor. Destacaban, entre antiguos afiches, los nuevos, hechos para este quinto aniversario. El que reproduce una excelente foto que a Mons. Romero le hizo un periodista chileno y "cabalito parece que va a empezar ya a hablarnos," como decía una, señora. El que publicaron los comités de madres de desaparecidos, las "Comadres," con un dibujo del

rostro de Monseñor y de su tumba, de la que surgen vigorosas dos rosas rojas. Más pequeño que estos dos, el que más difusión tuvo, fue el icono de Monseñor. Las comunidades de base imprimieron miles de esta estampa, de esta imagen —eso es exactamente—, que surgió en Estados Unidos. Ya desde ahora la imagen está masivamente en manos de los salvadoreños. Se trata de una imagen con un singular valor teológico, histórico y popular. Monseñor Romero aparece ya como todo un santo, con todo aquello que identifica al santo en el sentir de los creyentes. Lleva la aureola. Aparece incorporado a la santa tradición de los padres y doctores de la Iglesia por sus vestiduras sacerdotales de pliegues rígidos al estilo oriental y la mano solemnemente estilizada en trance de bendición y el pergamino con el mensaje central de su magisterio: la opción por los pobres. En el fondo dorado, el que le corresponde como a santo ya inmortalizado, las letras del alfabeto cirílico ubican dónde estuvo su humilde cátedra de gran doctor: en San Salvador, esta pequeña, olvidada, desgarrada y valiente ciudad del marginado tercer mundo. Vino nuevo, esta vez en viejos y aromáticos odres. El sabor es de Iglesia, de historia, y de pueblo. El olor es de santidad. Quizás en ninguna expresión plástica Oscar Romero había sido colocado tan claramente allí donde indican los cánones tradicionales de la santidad. El pueblo lo entendió así, en su corazón, y apreció esta estampa icono como ninguna. La historia iconográfica tendrá que tomar nota además de un detalle muy importante: por primera vez el rostro de un santo perennizado en un icono lleva lentes.

El pueblo llevaba el icono en alto como una bandera, que desafiaba y que afirmaba. Lo adornaron con palmas, con flores rojas, blancas, amarillas, lo enmarcaron en coronas hechas cuidadosamente con flores de papel y papel de colores, lo besaron respetuosamente en las calles de San Salvador, y estos gestos también hacían historia.

En la procesión se coreaban consignas: “¡Si me matan/ resucitaré en el pueblo salvadoreño!” “¡En nombre de Dios/ cese la represión!” Y se cantaba. Estos cantos que hablan de la liberación y que las comunidades han cantado miles de veces en reuniones, convivencias y eucaristías. “Un pueblo que camina por el mundo...” “Paz para la guerra/ y luz entre las sombras/ Iglesia peregrina de Dios...” “Llegará con la luz/ la esperada libertad”... Entre los muchos cantos escri-

tos por el pueblo para recordar a Monseñor, fueron elegidos para la procesión dos de los más populares:

Su pecado fue querer  
que los obreros comieran,  
que un Padre Nuestro tuvieran  
para rezarlo comiendo.  
Cuando Dios no hace justicia  
porque no entienden los ricos  
de los pobres sale el grito  
que aprendieron del profeta.

Podrán matar al profeta  
pero su voz de justicia no  
y le impondrán el silencio  
pero la historia no callará.

Y uno de los muchos corridos que nacieron para evocar a Monseñor en el ritmo del cantar popular salvadoreño:

El 24 de marzo  
la Iglesia no olvidará,  
otra vez manchan con sangre  
al que dijo la verdad.  
Hoy nos quitaron al hombre  
más valioso de la Iglesia...

Las mantas, los afiches, las consignas, los cantos y, sobre todo, los rostros en alerta de esperanza y de cautela, entrelazaban sus signos en un único mensaje. En todos sus lenguajes el pueblo reclamaba justicia y rezaba por la paz. En las curtidas calles del centro de San Salvador el pueblo, en respetuosa curiosidad y en apoyo cómplice de expresión contenida, se detenía a ver pasar la procesión de las comunidades. Algunos, desde la acera, pedían a los de la calle un afiche, un icono, y cuando lo recibían lo guardaban con cariño, lo besaban.

Con mecates adornados de banderitas blancas, algunos hombres iban cortando el tráfico por las calles. Un helicóptero sobrevolaba la marcha, vigilante. Y en Palacio, la guardia nacional también salió a los balcones a mirar. Pero no ocurrió nada. El río de esperanzas contenidas por el dolor durante tantos años halló un cauce apropiado y los cristianos salieron otra vez a la calle, más maduros.

Poco después de las ocho, cuando empezaba en catedral la solemne misa y el sol pegaba duro sobre las calles comenzaba a entrar en el templo la procesión, el río incontenible. ¿Cómo no llover...?

## 1.2. La misa y la ofrenda en la tumba

Desde temprano catedral estaba ya abarrotada. Con la entrada de la procesión se llenó aun más. Los afiches en alto le dieron entonces un singular carácter a la celebración. Codo con codo y voz con voz, aplaudiendo juntos y cantando unidos, la celebración tuvo en todo momento un carácter masivo. Miles, ¿Cuántos? Todos los que caben en este templo, tan monumentalmente imperfecto como históricamente santo.

Mons. Rivera presidió la celebración. Su homilía, naturalmente, era lo más esperado por todos. Empezó directo, firme: hace cinco años del asesinato de Mons. Romero y "aún estamos esperando" que se esclarezca el crimen. Este esclarecimiento es "condición indispensable" para la paz en el país.

El sucesor de Mons. Romero en la arquidiócesis nunca había hablado de su antecesor con tanta coherencia teológica, con tanta admiración eclesial y con tanta profundidad bíblica. Mons. Rivera habló de Monseñor como del "hombre de la alianza". Habló de su "magisterio" y de su carácter de "víctima, que ofreció su cuerpo y su sangre en sacrificio." Insistió en el sello de sacerdote y de pastor que caracterizó la vida de Monseñor y evocó su trabajo por la paz, su denuncia de la corrupción, su incansable búsqueda de la verdad.

El evangelio del domingo quinto de cuaresma parecía el más adecuado para aquella misa. "Si el grano de trigo al caer en tierra no muere, queda sin fruto, pero si muere..." Toda aquella celebración expresaba precisamente eso: que el grano muerto vivía en un fruto multiplicado. Eso decía una manta en la procesión: "Monseñor Romero vive." Esa era la misma afirmación que latía en las oraciones y cantos de aquella eucaristía multitudinaria.

En el análisis de la situación del país que atravesó toda la homilía, Mons. Rivera hizo importantes referencias a la necesidad de continuar el diálogo, a la urgencia de que se frene el armamentismo en la región y los gastos militares en el mundo, aludiendo con énfasis a la carta de Mons. Romero al presidente Carter en febrero de 1980. Denunció la violencia asesina de los escuadrones de la muerte y los indiscriminados bombardeos contra la población civil en zonas de guerra. Pidió la misericordia de Dios para el alma del "Chele" Medrano, el fundador de ORDEN, asesinado el día anterior en San Salvador. Sus puntos de vista y sus juicios teológicos recibieron el continuado apoyo de nutridos aplausos.

La liturgia de la misma fue sobria. Como canto final, el de la Misa salvadoreña. "Cuando el pobre crea en el pobre..." Al despedir al



## **El sucesor de Mons. Romero en la arquidiócesis nunca había hablado de su antecesor con tanta coherencia teológica, con tanta admiración eclesial ni con tanta profundidad bíblica.**

pueblo, Mons. Rivera le invitó a acercarse a la tumba de Monseñor Romero.

Todos llevaban flores para dejarlas sobre la tumba. Todos querían acercarse a tocar el sepulcro, a pasar por él los iconos y los afiches, a dejar allí recuerdos, gratitudes. Todos querían rezar cerca de él.

El pasillo lateral del templo no era suficiente para contener la avalancha que comenzó a orientarse hacia la tumba de Monseñor. A cinco pasos de ella aún era invisible por la cantidad de gente que buscaba acercarse, por la cantidad de flores que la cubría.

Era notable la avalancha, pero había orden, respeto y una profunda devoción. Desde el rústico óleo que preside la pared de la nave en donde está el sepulcro, Monseñor, con su sonrisa de medio lado —en este cuadro teñida de picardía cómplice con sus manos apoyadas en la Biblia latinoamericana, nos recibía a todos. La gente cantaba “Oscar Arnulfo no ha muerto/ vive en las luchas del pueblo...,” al compás de violines, acordeones y guitarras. Y en aquel alegre atropello respetuoso por llegar hasta eso, hasta tocar su tumba, sentí que él no estaba santificado sólo en el icono, sino también en aquel anhelo tenaz de cercanía a sus restos aquel mismo día, a los cinco años exactos; en aquel deseo de contacto con quien se sabe que ya ha visto a Dios y lo toca y lo conoce. Cuando logré llegar, alzada, empujada, conducida, apoyándome sólo en la punta de los pies, aparté una nube de flores y puse mi frente sobre la tumba, arrastrada también por esa búsqueda de contacto protector con el que es santo. “La bendición, Monseñor. La paz para El Salvador y para toda Centroamérica.”

Los discípulos creyeron en la resurrección tocando al resucitado. Tocar lo santo es confesar la fe y es también alimentar la fe. Los que llevaban su flor y su beso hasta aquella tumba en aquella mañana de sobra lo sabían.

Cuando salí del molote, que no cesaba de ser compacto, un acordeón iniciaba los acordes de “Vos sos el dios de los pobres,” el primer canto de la misa campesina nicaragüense. Allí me quedé en una rueda grande que se fue congregando a cantar. “Por eso es que te hablo yo/ así como habla mi pueblo...” (Monseñor, habla voz por Nicaragua, recé).

Así, con estos ritos y estas formas tradicionales de la piedad y la admiración se construyen los santos, pensaba al salir de catedral. Al llegar a la esquina ya llegaba hasta el templo otra marcha, la de los campesinos desplazados, que también llevaban flores para la tumba de aquel que con toda evidencia resucita en su pueblo salvadoreño.

### **1.3. El acto cultural**

En la marcha que salió del reloj de flores y llegó a catedral después de concluida la misa, venía una representación de las “comadres” y cientos de campesinos desplazados, mujeres, niños y hombres. Estos, con sus sombreros campesinos y sus zapatos gastados, llenos de tierra de los surcos del oriente del país. El recién creado Comité Cristiano pro Desplazados los organizó y los puso en marcha de reivindicación y de oración.

A la hora en que llegaban a catedral ya había empezado en las escalinatas de la entrada del templo un improvisado acto cultural en honor a Monseñor Romero. Los cantos, los poemas, las consignas que habían acompañado la procesión de primeras horas de la mañana se unieron a otras muchas llenando el caliente aire de la mañana.

En el acto estuvo presente el papá del P. Octavio Ortiz, asesinado en 1979, que desde Honduras y después de tres días de camino llegó a hablar del arzobispo. En el acto se aplaudió a los periodistas holandeses asesinados hace dos años, se vivió a los defensores del pueblo, se reclamó el diálogo, se pidió por la paz, se sucedieron los corridos a “Oscar, compañero,” los poemas al “Padre de América,” al “poeta de Dios”... Las escalinatas de catedral, regadas con sangre del pueblo en masacres que fueron tristemente famosas en todo el mundo, no eran visibles, Estaban abarrotadas, mientras dentro del templo no terminaba nunca el desfile del pueblo ante la tumba. Entre vendedores de raspado y de pupusas, la gente se iba congregando en la plaza frente a catedral para aplaudir a los cantores y escuchar las poesías de los “valores nacionales” que desfilaron ante el micrófono. El acto no concluyó hasta pasada la una de la tarde, a pleno sol de mediodía.

En total, puede calcularse que unas 20 mil personas estuvieron en las calles y en catedral en aquella mañana ya histórica del 24 de marzo, quinto aniversario del martirio del pastor. Estuvieron haciendo memoria del santo de la Iglesia salvadoreña, en orden, en esperanza de paz, en disciplinado desafío, reafirmando su presencia y su reclamo. Eran personas de la más diversa condición y procedencia, pero los más numerosos y los primeros eran los más pobres. Tal como había sucedido siempre, en cada domingo, cuando era Monseñor Romero quien celebraba la misa mañanera de catedral. Como lo dijo el poeta Francisco A. Escobar el viernes, al describir quiénes son los que a diario se acercan al sepulcro de Monseñor a hacer memorial de su vida: "son siempre los más pobres los que estarán cerca de ti. Y eso por una razón muy sencilla, ¡pero por una razón muy sencilla! Tú les ayudaste a levantar la frente, a sentirse dignos y necesarios de Dios y de los hombres. Tú les hiciste comprender que donde hay dolor humano hay tierra sagrada debajo. Y a partir de entonces saben que desde el sufrimiento pueden ir buscando con la frente muy alta el pan sobre la tierra y los extraños caminos del cielo..."

## 2. 22 de marzo: Mons. Romero teólogo, en el corazón de la universidad

La celebración masiva del domingo 24 de marzo fue precedida por dos importantes actos promovidos por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas: el viernes 22 el doctorado en teología a Mons. Romero y el sábado 23 la inauguración de la capilla en honor al arzobispo en el campus universitario. Solemnes actos con los que se marcó aún más la trascendencia histórica, el peso, de la conmemoración del quinto aniversario de su martirio.

A las 6 en punto del viernes el nuevo auditorio de la UCA ya estaba lleno para el acto académico. La comunidad universitaria —alumnos, empleados, profesores— participaron y colaboraron en dar el mayor realce al acto. "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor," recodaba un blanco rótulo en la pared. Debajo de las letras presidía un cuadro del pintor salvadoreño Benjamín Cañas.

Se trata de un cuadro impresionante, en un estilo algo así como "goyesco criollo." El cuerpo puro y blanco, casi translúcido, de Monseñor, recibe en una sencilla margarita el cariño de su

pueblo, desnudo de todo, mientras que obispos de enormes mitras, cardenales envueltos en sedas rojas y guardias uniformados miran el cadáver blanco con furia, con asombro o con temor o, sin mirarlo vuelven sus ojos vidriosos a una grotesca imagen de Cristo. El cuadro pastel y cera tiene fuerza y calidad.

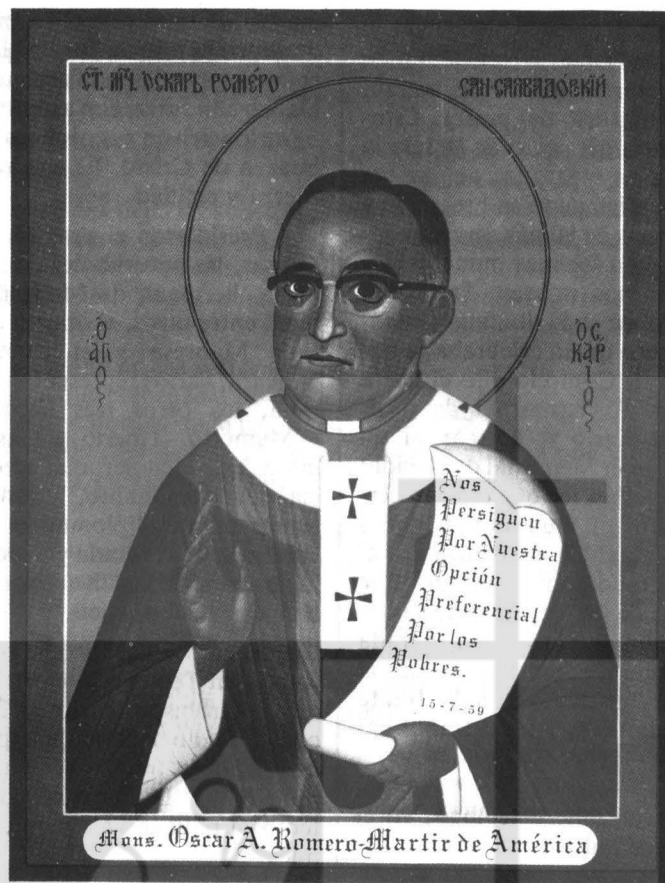
Presidieron el acto Mons. Arturo Rivera y Damas, las autoridades de la UCA, y Zaida Romero, hermana de Monseñor. Asistieron también, entre otros, el obispo guatemalteco, Mons. Luis Manresa y el canadiense, Mons. John Omeara, varios representantes de la Iglesia luterana, los otros tres hermanos de Monseñor —Mamerto, Tiberio y Gaspar—, las dos religiosas que atendieron al arzobispo en su residencia del "hospitalito," donde lo asesinaron, y representantes diplomáticos de Nicaragua, México, Francia, Holanda y Suecia. Extrañó bastante la ausencia de España. Unas mil personas formaban parte del público.

El acto académico, el otorgamiento del doctorado en Teología *honoris causa* a título póstumo al arzobispo mártir de El Salvador, se inició con el himno nacional. Después, el P. Jon Sobrino, según la tradición en actos como éste, pronunció la "Laudatoria" del nuevo doctor en teología pidiendo así para él la distinción académica.

Fueron palabras importantes que resaltaron con especial brillo la figura de Mons. Romero. Sobrino se refirió al "pensamiento teológico, profundo y poderoso" del arzobispo y a su teología que, "dicho con la mayor precisión evangélica e histórica fue una teología de la liberación, teología cristiana, basada en la revelación de Dios y en la tradición y magisterio de la Iglesia y una teología latinoamericana, recogiendo y respondiendo siempre a los sufrimientos y esperanzas de estos pueblos crucificados."

En un paso más dado en su *laudatio* el teólogo Sobrino calificó a Monseñor en sí como "acontecimiento teológico," porque "fue palabra de Dios para El Salvador," siendo él consciente de esto y siendo también consciente de esto el mismo pueblo que "lo creía" y que "supo más de Dios" durante el tiempo en el que él fue el pastor que lo acompañaba en su caminar.

Sobrino recordó el doctorado que la Universidad de Georgetown le otorgó a Monseñor en 1980 y que él recibió en nombre del pueblo, pues él no sólo se sentía como palabra de Dios, sino



como palabra del pueblo de Dios, “expresión de su respuesta a Dios, aspecto que la teología suele tener menos en cuenta.” Y así, él, sacerdote y pontífice de un pueblo, “la palabra de Dios acampó entre los salvadoreños” y “la palabra de los salvadoreños subió hasta Dios.”

Siendo y actuando así, Mons. Romero fue “fuente de inspiración para la teología” (“inspiró muchos contenidos teológicos pero también cómo hacer teología cristianamente y, antes que nada, el lugar desde donde hacer teología”). Recordó que Monseñor “hablando con Leonardo Boff pidió a los teólogos que desarrollaran una teología de la vida, pero desde una perspectiva bien precisa que formuló admirablemente: ‘Es preciso defender lo mínimo que es el máximo don de Dios: la vida!’” Y en la defensa de la vida de los pobres salvadoreños les enseñó, al devolverles su dignidad, a comprender su historia desde el *antes* y desde el *ahora*.

El párrafo central de la *Laudatio* de Sobrino fue sin duda éste, al final de su expresión:

Creo yo que no es exagerado decir que con el paso del tiempo Mons. Romero se irá, y ya se va configurando, como uno de los grandes doctores de la Iglesia; más aún, como uno de los Padres de la Iglesia, obispos y mártires varios de ellos como él, que unificaron en su persona un creativo quehacer pastoral, una gran santidad y un profundo pensamiento teológico. Estos padres de la Iglesia, santos y sabios, son los que han desencadenado y configurado su tradición viva y a los que el paso de los años los hace actuales e inspiradores como símbolos de los grandes momentos de la Iglesia.

Mons. Romero se está convirtiendo en uno de esos grandes momentos de la Iglesia, en pilar de la fe e inspiración para la teología.

Cambiarán las situaciones y algunas de las cosas que dijo quedarán obsoletas. Pero algo muy profundo quedará para siempre en la Iglesia salvadoreña y en la Iglesia universal (...)

Quienes quieran vivir en esta América Latina crucificada y esperanzada como seres humanos responsables podrán volver siempre a él. Quienes quieran vivir su fe, su esperanza y su compromiso en esta Iglesia, siempre encontrarán ánimo en Mons. Romero. Quienes quieran hacer teología responsablemente en este continente, siempre encontrarán inspiración en su palabra y en su vida.

Las palabras de alabanza del teólogo se adecuaban perfectamente a todo lo que ya el icono diseñado desde la teología popular contiene. En la tribuna teológica y en la imaginería tradicional Oscar Romero es visto y está ya investido de la dignidad de doctor, de padre de la Iglesia.

Después de la "Laudatoria," el ingeniero Mario Cerna leyó el acta del Consejo Superior Universitario en el que se otorga el doctorado a Mons. Romero. El diagnóstico de la situación salvadoreña del que arranca el documento —"creciente sumisión del país, vacío de liderazgo, ausencia de ideales nacionales"— revela, como en un negativo, la luz por la que brilla la personalidad inmensa y el mensaje perdurable de Mons. Romero.

En un intermedio poético-musical el coro de la UCA cantó las Bienaventuranzas del Buen Pastor y la conocida canción religiosa "Señor me has mirado a los ojos," con estrofas que Monseñor Romero iba escribiendo para alargarla. La suavidad de la melodía lo fue llenando todo de nostalgia.

Rafael Rodríguez, acompañado de otras voces, dio lectura a su poema "Tú sabes y a qué Monseñor yo me refiero," lleno también de nostalgia y de esperanzada afirmación:

Película que ya no se repite.  
Te quedaste incunable, sin recuerdo,  
porque quieren echarle tierra a tu memoria  
y quizá lo están consiguiendo,  
en parte.

.....

Dormite tranquilo en tu tiniebla,  
reposá con la inmensa masa de los pobres,  
para quienes no hubo una cruz para marcar  
su tumba.

Quédate junto a ellos,  
alentelos al descanso, pero también a la  
lucha...

Después, otro poeta, Paco Escobar, se emocionó y nos emocionó a todos, hasta la risa y las lágrimas, con su larga prosa poética "Rememoración en el ocaso." En el ocaso de aquella tarde que —como él decía— "convocaba las memorias," la palabra poética hacia presente de nuevo a Monseñor, el padre a quien la universidad estaba cuidadosamente haciendo doctor:

Te recuerdo sentado, allí, dulcemente plegado, casi insignificante, con esa insignificancia de postura que sólo tienen los que son realmente grandes. Con esa suavidad de palabra que sólo tienen los que son realmente sabios. Con esos gestos de ternura que sólo tienen quienes realmente aman desde el corazón.

Los aplausos ocultaron las lágrimas mientras el coro terminaba cantando-rezando el Padrenuestro de Eddie Stein. Después, una señora del grupo de las "comadres," invitadas especialmente al acto, subió al micrófono a unirse a la celebración de "nuestro profeta, guía y mártir" en nombre de los dos comités de madres de presos, desaparecidos y asesinados políticos que llevan, unidos para siempre, los nombres de los mártires Oscar Romero y Marianella García Villa. No le flaqueó la voz y entre aplausos cerrados regresó a su asiento, segura. El pañuelo blanco le enmarcaba un rostro tan joven como humildemente altivo.

El rector de la UCA, P. Ignacio Ellacuría, leyó después un vibrante texto titulado "La UCA ante el doctorado concedido a Monseñor Romero." En él recordó que ya en vida del arzobispo fue propósito de la UCA otorgarle esa distinción, pero ni entonces ni en los primeros años después de su asesinato estuvieron los tiempos "para celebraciones públicas ni siquiera académicas," resaltando que a los cinco años la situación ha hecho "más factible" el homenaje. Pero esto no

**Toda aquella celebración expresada precisamente eso: que el grano muerto vivía en un fruto multiplicado. Eso decía una manta en la procesión: 'Monseñor Romero vive.'**

porque haya paz ni porque haya justicia, sino porque la crisis ha llegado a ser tan grave que ha forzado aperturas. Nada ha cambiado sustancialmente: "quien celebra a Monseñor se compromete todavía a cosas muy serias."

Ellacuría explicó también las relaciones que hubo entre Monseñor y la UCA, relación que han querido interpretar los enemigos de uno y de otra como una "manipulación" que del obispo hacía la UCA. Ellacuría insistió en quién, en esta relación, fue el maestro y quién el auxiliar.

de quién era el pastor que marca las directrices y de quién era el ejecutor, de quién era el profeta que desentrañaba los misterios y de quién era el seguidor, de quién era el animador y quién el animado, de quién era la voz y de quién era el eco.

Al analizar la actual realidad salvadoreña, después de recordar aquellos "tiempos de enorme densidad histórica" que fueron los de Monseñor al frente de la arquidiócesis, hizo una lúcida crítica de la opción por la guerra elegida por los norteamericanos para solucionar el conflicto, concluyendo que la fórmula militar está agotada y clamar por una alternativa realista y creativa a partir del diálogo.

En cinco puntos resumió el rector de la UCA cómo debía de concretarse el compromiso que la universidad, los 7 mil miembros de la comunidad universitaria, asumían al proclamar doctor a Mons. Romero: 1) una permanente inserción en la realidad salvadoreña; 2) el empleo continuo de un criterio básico para juzgar la validez política de cualquier tarea: el mayor bien de la mayoría del pueblo; 3) la búsqueda de la paz a partir de la justicia (y no a partir de la guerra); 4) la construcción esperanzada del futuro (porque El Salvador es tierra a desalambrazar y también a arar...) y 5) la inspiración de los valores cristianos al emprender cualquier acción.

"Pocos como Mons. Romero han hecho tan respetable la fe cristiana:" en estas palabras sintetizó su respetuosa alabanza al arzobispo. Y al terminar su discurso hizo entrega a Mons. Rivera del título de doctor en teología, cuyo texto comienza diciendo: "Monseñor debe ser considerado con toda justicia uno de los salvadoreños más notables en la historia del país ya que su acción ha trascendido las fronteras patrias para convertirse en figura ejemplar, reconocida mundialmente..." Estallaron los aplausos.

Mons. Rivera fue breve. "Es la segunda vez

que me toca sustituir a Mons. Romero," dijo. Y contó cuándo y cómo había sido la primera vez. Fue en un viaje por Holanda y Bélgica y en una campaña de solidaridad con la causa salvadoreña. Recordó con gran cariño y detalle las conversaciones previas y posteriores que tuvo entonces con Monseñor Romero, que pretendió, sin éxito, "engancharlo" poco tiempo después para otra sustitución en otro viaje, nada menos que el que lo llevó a Lovaina a recibir el doctorado en teología.

Por segunda vez en aquella tarde Mons. Rivera suplía a Monseñor recibiendo en el corazón de la UCA otro título de doctor en teología. Los asistentes, en pie, lo ovacionaron largamente agradeciéndole su digna sucesión en la arquidiócesis. Al terminar el acto, ya cerrada la noche, ya vacías las calles, regresamos todos recordando aquellos densos tiempos del magisterio masivo del teólogo Oscar Romero, comprendiendo quizás, como había recitado entre lágrimas el poeta Escobar, "por qué fuiste tan duro con unos y con otros y con todos al señalar el pecado; hasta ahora sabemos por qué tu amor pudo amparar a unos, a otros y a todos..."

### 3. 23 de marzo: Mons. Romero pastor, en el templo y en la comunidad

Al día siguiente de la investidura académica, y también en la UCA, se inauguró una capilla en recuerdo de Mons. Romero y bajo la advocación ("seguramente a él le hubiera gustado") de Jesucristo Liberador.

En 1981 se creó en la UCA el Centro de Pastoral Monseñor Romero con el fin de continuar la tarea de acompañamiento a la evangelización y crecimiento en la fe del pueblo, tarea que caracterizó el quehacer pastoral de Monseñor.

Desde que era arzobispo de San Salvador, Monseñor había insistido a los jesuitas de la UCA ("amigablemente, insistentemente") para que edificaran una capilla en la que atender pastoralmente a la comunidad universitaria. En recuerdo de aquella insistente petición, la UCA decidió en 1984 edificar una capilla, vinculándola al ya activo centro de pastoral y solicitando ayuda económica a los muchos amigos que tiene Mons. Romero en todo el mundo. La iniciativa tuvo un gran eco desde el primer momento. Religiosos, campesinos, comunidades del mundo entero, empezaron a hacer llegar a El Salvador sus donativos para levantar las paredes del nuevo



templo. Hubo cientos de "óbolos de la viuda." Eran los 10, 20, 50 centavos de lempira de muchos campesinos hondureños del Yoro o las moneditas enviadas por los indígenas mexicanos de la Tarahumara. Hubo también dólares y cheques que llegaron de la India, de Estados Unidos, de Africa y de China, de Bélgica, de Suecia, de España, de todas partes... Venían en nombre de agencias de ayuda, de obispos, de comunidades religiosas, de jesuitas, de cristianos y de evangélicos. Todos los aportes —personales y comunitarios— llegaban acompañados de mensajes de solidaridad con el pueblo salvadoreño. Todos reconocían la inspiración cristiana que despierta la memoria de Mons. Romero.

La capilla no estaba terminada del todo el día de su estreno. Hasta última hora se estuvieron dando algunos toques. El gentío que la llenó no permitía ver las puertas inacabadas o los pequeños detalles que no pudieron completarse.

Sobre las paredes blancas, letras blancas decían "Si me matan resucitare en el pueblo salvadoreño." Ramos de flores blancas y rojas alrededor del altar, una escueta cruz de madera y una foto de Monseñor. Cientos de cristianos de los refugios, de comunidades de San Salvador y del interior, la convertían en un templo vivo.

A las tres de la tarde comenzaron los actos de inauguración. Representantes de los miles de refugiados de San José de la Montaña, San Roque, Basílica y Domus Mariae llegaron al acto, cautelosos pero contentos, con violines, guitarrones y acordeones y rompieron el fuego con sentidos cantos a Monseñor. Tenían miedo de venir. No lo ocultaban. nos dijeron a todos al tomar el micrófono: "estamos acosados pero no abandonados... Sentimos cercana a la Iglesia. Nos ayuda a sobrellevar el sufrimiento de nuestras vidas."



**Las palabras de alabanza del teólogo se adecuaban perfectamente a todo lo que ya el icono diseñado desde la teología popular contiene. En la tribuna teológica y en la imaginería tradicional Oscar Romero es visto y está ya investido de la dignidad de doctor y padre de la Iglesia.**

Una representación de refugiados del cantón El Salitre de Tejutla representó una visita de Monseñor a su cantón. Un viejito refugiado, con alba blanca y la gorrita de cuadros con la que siempre anda, hizo el papel de Monseñor. Improvisó un lindo sermón recordando el modo que ellos lo conocieron y el estilo que tenían sus mensajes en sus continuas visitas a los cantones.

Vinieron después representantes de la comunidad de San Antonio Abad. Traían una gran foto del P. Octavio Ortiz, asesinado allí, en la casa de retiros "El Despertar," en enero de 1979, junto a cuatro muchachos de la comunidad. Recordaron a Octavio como a "un hombre de pocas palabras, que sabía hablar oportunamente, que no nos enseñaba como un profesor..." Sobre el altar en donde se iba a celebrar la misa dejaron la larga lista de los mártires de su comunidad.

Tras ellos, los representantes de la comunidad de Zacamil. Estos traían la foto de la Hna. Silvia Arriola, que "velaba por nuestros derechos" y que también murió por todos, como otros 600 cristianos mártires de esa comunidad, cuyos nombres venían cuidadosamente escritos en una larga lista de compromiso hasta la sangre. Los de la Zacamil relataron también una anécdota interesante: una fuerte discusión que tuvieron con Mons. Romero antes de que éste fuera nombrado arzobispo de San Salvador. En una reunión de la comunidad recibieron de Monseñor un gran regaño, "una baldada de agua fría" por el apoyo que estaban dando a los reprimidos en una ocupación militar de la universidad. El sacerdote y la comunidad consideraron que con una divergencia de criterios tan grande con el obispo no se podía celebrar con él una eucaristía y así se lo dijeron. Y no hubo misa. Después de esto, y ya siendo arzobispo, "nos visitó para pedirnos perdón" por lo ocurrido aquella noche y a partir de entonces Monseñor se convirtió para ellos en "un padre pendiente de nuestros problemas." "Lo recordamos —añadieron— haciendo cola para recibir un fresco o un guacalito de atol en las convivencias."

Los de la comunidad de San Ramón trajeron al recuerdo de todos, la memoria ejemplar de sus mártires —otra larga y cuidada lista— y espe-

cialmente la de Alfonso Azevedo, padre de familia y dirigente de la comunidad, que fue creciendo en esta tarea y "ya no lo mirábamos como hermano, sino como padre y nos retaba mucho con su ejemplo." En su canto al "Amigo Alfonso, hermano mayor" afirmaron: "lo mataron porque era/ cristiano de veras/ un hombre cabal."

Los cristianos de la parroquia Madre de los Pobres recordaron con una biografía llena de pequeños detalles al P. Alirio Napoleón Macías, párroco de San Esteban Catarina, asesinado en agosto de 1979, al que le gustaba pescar en los ríos con los campesinos y enseñar a leer a escribir y a tocar instrumentos...

Un grupo de alumnos de la UCA representó una reunión de una comunidad cristiana universitaria evocando la figura de Mons. Romero y haciendo énfasis en las contradicciones que su mensaje despertó entre los sectores ricos del país.

Con la voz recia de "los más humildes, los callados, los encadenados," una mujer de la comunidad de Apopa fundada por el P. Rutilio Grande, una mujer del color de la tierra, con una voz profunda, recordó el día del asesinato de Rutilio, aquel día que marcaría un momento histórico en la Iglesia salvadoreña. "¡Que haiga una liberación!" así terminó su vivo recuerdo.

La más nutrida representación fue la que cerró esta primera parte del acto. De Cara Sucia, un rincón pobrísimo en la frontera con Guatemala, llegaron el delegado de la comunidad y unas 20 personas. La homilía que improvisó aquel hombre delgado como un alambre y lleno de optimismo me pareció lo mejor de aquella tarde llena toda de buenas noticias. "He conocido todito el mensaje de Mons. Romero —dijo—... El murió, pero no ha muerto... La Iglesia me preparó para esta tarea de predicar la palabra al pueblo, ¡y primero Dios que nunca he de flaquear en esta línea!" Y algo en lo que se resumía lo más profundo de su mensaje y de su modo de dirigirse a "este pueblo tan primoroso," como nos llamó con cariño. Algo que lo conectaba plenamente con la línea que mantuvo siempre Monseñor y que, como tantos otros campesinos salvadoreños aprendió de él. Estas palabras: "el pueblo necesi-

## Se cumple lo que San Romero anunció: el grito de la justicia de este pueblo ya nada ni nadie lo puede callar. En ese grito, en esa voz recobrada este año con nuevos acentos, vive Oscar Romero.

ta palabras de aliento y no de tristeza.” Quizá fuera por eso, porque todas las palabras de aquel viejito curtido por los años y la fe, eran palabras de aliento y no de tristeza recibió un aplauso tras otro.

Los cantos de la comunidad de Cara Sucia se juntaron con los cantos de la misa de bendición de la capilla. Concelebraron 24 sacerdotes, presidió Mons. Manresa, amigo personal de Mons. Romero, que compartió con él años de dirección en el SEDAC.

Al inicio de la liturgia se recordó el insistente deseo de Monseñor de que la UCA tuviera una capilla y la realidad evidente de que ésta se estaba estrenando aquella tarde aún sin terminar.

...Faltan todavía cosas por hacer. Hay que equipar la capilla y decorarla de la mejor manera para que pueda ser un símbolo del pueblo de Dios en El Salvador y en otras partes de América Latina y de todo el mundo.... Lo más importante de esta capilla ya está construido desde hace mucho tiempo. “Ustedes son el templo vivo de Dios,” como decía él. Ustedes están aquí. Han venido de las comunidades, de las parroquias, de los refugios de la UCA y hay representantes de otros países. Ustedes ya han rezado y cantado en esta capilla hace unos momentos, la han inaugurado ya al traer su fe, su esperanza y su compromiso...

La liturgia fue bien sencilla. Mons. Manresa bendijo las cuatro esquinas del templo en medio de un profundo silencio. En su homilía, el P. Francisco M. Estrada afirmó de muchas maneras que Monseñor *está contento* con la capilla, la que tan insistentemente había solicitado. “Este cemento hará perdurable —dijo— la memoria de nuestro paisano.” Gran parte de sus palabras resaltaban eso: el orgullo legítimo por tener un paisano santo, “más, mucho más importante” que los próceres de la independencia salvadoreña, entre los que hubo sacerdotes.

También dio a conocer una noticia que se había mantenido cuidadosamente reservada durante tiempo: las vísceras de Mons. Romero, que le sacaron para la autopsia y el embalsamamiento de su cadáver, están incorruptas. Se descubrió esto cuando hubo necesidad de trasladarlas del lugar en donde estaban enterradas a otro. (Mons. Ri-

vera es testigo de este hecho). El público aplaudió con fervor la noticia y la comentó una y otra vez con asombro y agradecimiento al Dios que hace tales maravillas. Con el fin de dar su más exacto sentido a los signos que expresan la santidad de Mons. Romero el sacerdote añadió: “su memoria mantiene a los pobres tozudos en su esperanza y esto vale más que resucitar muerto.” Y los aplausos fueron también fervorosos. Eran muchos los signos que se acumulaban aquella tarde para revelarnos que Monseñor, aquel que había comido y bebido con tantos de los que allí estaban, era santo y estaba resucitado.

Como parte del ofertorio de la eucaristía, el P. Jon Sobrino leyó los nombres de muchos de los donantes que habían hecho posible la construcción del templo “para agradecer a los donantes y para que ustedes sientan que no están solos.” Y al leer los nombres, también iba leyendo fragmentos de las cartas con las que acompañaban su solidaridad material. La de la sociedad Maryknoll, solidaria con el pueblo salvadoreño, al que dio la vida de dos de sus religiosas —asesinadas en 1980—; la de la comunidad indígena Sisoguichu, de la Tarahumara mexicana; la de un grupo de estudiantes universitarios belgas de Namur, la de las Iglesias de Suecia representadas en su Concilio Ecuménico...

Después vinieron los símbolos de aquel ofertorio que quería abarcar a todos, a los de cerca y a los de lejos. Una corona verde con lazos rojos: la esperanza del pueblo y la sangre de los 50 mil caídos; una cruz en solidaridad con el pueblo crucificado de El Salvador; una paloma: el Espíritu de Jesús presente en las comunidades; una palma; signo del compromiso de no abandonar la lucha y de que Dios no abandona a su pueblo y no es indiferente a su dolor; una pequeña planta, “que nació de una semilla que antes tuvo que morir;” una bola del mundo; símbolo de la universalidad del mensaje de Monseñor Romero.

Ya era tarde cuando con el canto final nos pudimos ir en paz dando gracias a Dios.

La misa había terminado y allí quedaba la nueva capilla como invitación permanente a la reunión, a la oración, a nuevas celebraciones de la fe.

Desde 1980, cada año, la Iglesia salvadoreña y también la Iglesia universal celebran cada 24 de marzo la memoria de Oscar Romero, una de las figuras cumbres de la Iglesia de nuestros días. Este año, las celebraciones expresaron más que otras veces, con nuevos signos, la vigencia de su figura, su santidad. Este año el pueblo por quién él vivió y dio la vida expresó más públicamente y más masivamente que nunca el cariño, el respeto y la devoción que sigue despertando su memoria.

Fue un privilegio estar estos días en San Salvador para asistir a estos actos. Fue una gracia.

Y es por eso que resulta muy limitado cualquier relato que pueda hacerse de lo ocurrido allí estos días, cualquier aproximación al sentido de lo ocurrido, a niveles más profundos de la conciencia y de la fe. Siento que cualquier relato y cualquier aproximación no son más que eso: la crónica de una voz recobrada. La de Monseñor, la de su pueblo. Se cumple lo que San Romero anunció: el grito de justicia de este pueblo ya nada ni nadie lo puede callar. En ese grito, en esa voz recobrada este año con nuevos acentos, vive Oscar Romero.

